

Elena de las mil y una voces

Rosa Beltrán

El Premio Cervantes 2013 fue concedido a Elena Poniatowska, escritora forjada y nutrida en la literatura y el periodismo. Rosa Beltrán revisita la faceta de entrevistadora de que la autora galardonada dio muestras desde su juventud, con motivo de la reedición del tomo Palabras cruzadas. Guillermo Vega Zaragoza presenta su relación como lector con las novelas, reportajes y crónicas de esta figura excepcional de la literatura mexicana.

El relato “Viaje a la semilla”, de Alejo Carpentier, demostró que una historia se puede contar hacia atrás, haciendo que el significado resida en el origen. Como si el desenlace —feliz o fatal— de una vida dependiera del punto de arranque. Que al principio tiene múltiples variantes, la posibilidad de inclinarse por un camino u otro. Pero que conforme avanza, demuestra que no podía dirigirse más que al sitio lógico y coherente hacia el que va, hacia el que ha ido en realidad de manera casi predestinada desde siempre. Así me pasa hoy con *Palabras cruzadas*, de Elena Poniatowska. Se trata de un conjunto de entrevistas, el primer libro de Elena de la larga serie que Era publicó y que fue ilustrado por Vicente Rojo. Un conjunto que en su versión original apareció en 1961. Es rarísimo: en las conversaciones iniciales la autora tenía apenas veintinueve años cuando hablaba con

sus entrevistados (iconos de la cultura), y la mayor parte de las características que la harían grande como autora ya estaban ahí.

Para cuando este artículo se publique, el libro habrá aparecido en una versión actual, corregida y muy ampliada. A mí me dieron el manuscrito de la reedición algunas semanas antes, cuando a la pregunta de si “querría presentarlo, junto con Fabrizio Mejía y la propia Elena, en la FIL”, dije que sí. Todavía no le habían otorgado el Premio Cervantes de Literatura, ni existía el menor indicio para pensar que se lo iban a dar. Tenía, tiene, una obra y una trayectoria impresionantes, pero tenía (y quizá ya no tiene) una agravante: era (es) escritora. La noticia me causó una alegría inmensa. Qué bien. Así como José Emilio Pacheco dice que “el talento de Elena logró sacar a las mujeres de las secciones femeninas

a las que eran confinadas por las publicaciones (de los años cincuenta) y las llevó a primera plana”, me gustaría pensar que el talento lector de los jurados y los críticos los llevó a dejar de leer literatura “por géneros”. En cualquier caso, ésta no es ni pretende ser una diatriba ideológica sino una impresión de lectura de este “ornitorrinco de la prosa”, como llama Juan Villoro a la crónica, de la que forman parte las viejas y nuevas entrevistas de Elena, a medias entre la conversación, el retrato y, justamente, la crónica. Escribo “viejas” y me detengo, dudo. Muchas fueron publicadas en los años cincuenta y sesenta y no han envejecido. Cosa rara en el género, porque el periodismo tiene la brillantez del fuego de artificio y su volatilidad también. La noticia y la crónica son efímeras y se hacen bajo presión. Esto opera en su favor, pero también en su contra. ¿Por qué no han envejecido?, es lo primero que me pregunto. ¿Por qué me interesan tanto y me hablan de algo que aunque ya pasó tengo la sensación de que sigue ocurriendo? Pues sí, porque son literatura.

En cada uno de estos retratos están ya dos de las características centrales en la obra de Poniatowska: la oralidad y la agudeza. La autora, junto con ésta, de obras como *La noche de Tlatelolco*, *Hasta no verte Jesús mío* y *Querido Diego, te abraza Quiela*, es pionera en el uso de la oralidad y la transtextualidad mucho antes de que la Academia adoptara esos términos. Pero además, a diferencia de tantos otros entrevistadores, impresiona ver cómo desde sus inicios pregunta “lo primero que se le ocurre” (seguramente lo pensó muchísimo) con total “impertinencia” y falta de eso que los mexicanos valoramos por encima de cualquier virtud: la cortesía. Es decir, la jovencita salida de la sección de sociales que fue utilizada en su favor la imagen que nuestro país machista y clasista le devuelve: se finge una niña ignorante y ajena al mundo del poder, una princesita. Y arrasa con el cuadro. Sabe ubicar quiénes son y dónde están esas figuras emblemáticas que en conjunto hablan de lo que es el país: de su idiosincrasia, de su doble moral, de sus gustos y fanatismos, de cómo y por qué los mexicanos elegimos identificarnos con este o aquel personaje; de cómo un ídolo se vuelve ídolo.

Y ahora llego a la parte espinosa de este artículo. Que consiste en hacerme la segunda pregunta: ¿cómo en las 663 páginas del manuscrito puede haber un país, los acontecimientos culturales más significativos de la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI?

Cómo se puede contrarrestar la idea tan difundida de que conversar de viva voz es cosa de la era predigital, que las entrevistas son cuestión del ayer, que no se puede aprehender un pueblo en un libro. Si usted quiere saber qué somos, de dónde venimos y hasta prever, en cierta forma, lo que seremos, *Palabras cruzadas* se lo va a aclarar. Ahora que si lo que quiere es que yo resuma

esas 663 páginas de un volumen tan rico, divertido, tan variado, hecho en no sé cuál de todas las vidas de Elena Poniatowska en los quince mil caracteres con espacios de esta sección de una vez le digo que ajuste sus expectativas al mínimo y se ponga en mi lugar. Lo que voy a darle es un brevísimo bosquejo, algunas pinceladas y una conclusión. Empiezo por la conclusión: si es cierto que hubo alguna vez once mil vírgenes es porque hubo once mil machos y varios de ellos aparecen en este libro. Los más, ejercen esta cualidad sin siquiera darse cuenta. El Indio Fernández, por ejemplo, bautizó varias de las calles de Coyoacán, como Dulce Olivia, entre otras razones, según él, porque se iba a casar con Olivia de Haviland, nomás que cuando pusieron las placas se comieron la “i” y quedó Dulce Oliva. Afirma que tuvo cinco esposas, ¡Ay, qué lindo! —la expresión no es mía sino del Indio, quien al decir de Elena, la intercala a cada rato, pero lo dice en un tono muy triste, mientras bebe coñac a las 11 de la mañana y suspira—. Fue mucho muy querendón, tanto que, le informa a su entrevistadora, “si hubiera sido mujer habría sido prostituta”. ¿A poco se necesita ser prostituta para ser querendón?, pregunta Elena, con su lógica provocadora e impecable. “No”, responde el Indio, “habría sido prostituta porque todo me gusta, ¡ay qué lindo!”. Bueno, todo todo no, afirmo yo, porque a sus hijos no los veía, estaban con sus mamás. “Yo ando solo”, dice en la entrevista, “De cuando en cuando viene Jacaranda o me saluda por teléfono, ¡Ay, qué lindo!”. ¿Macho? sí, y muy macho. Pero, como sabemos, no tiene la culpa el Indio, sino el que lo hizo compadre. Otro ejemplo de mi conclusión sobre los once mil machos es el de Jaime Sabines, el poeta “chiapaneco, macizo, bien dado, erguido y bien guapo” al que según Elena todavía conocen de memoria muchos jóvenes. Aquí abro un paréntesis y lo confirmo. En la Dirección de Literatura de la UNAM cada año, al saber que disponemos de una parte mínima de ganancias por ventas de su obra, le hablamos a Judith Sabines: oye Judith, ¿reeditamos el disco de tu papá en versión popular? Reedítelo si quieren, nos dice. Es el único disco de Voz Viva que agota cada edición, año con año en el primer semestre. Bueno, pues, Sabines, el poeta que figuró desde *Horas* al lado de Gorostiza y Novo y Villaurrutia y Pellicer, no se juntaba con intelectuales. Se ponía unas borracheras “de pronóstico reservado” con sus cuates repartidores de leche. “¿Te gustan las mujeres bonitas?”, le pregunta Elena. Y Sabines, sin dejar de fumar y echándole su humo a la cara, le responde: “Y también las feas. Y las todavía más feas”. “¡Virgen de Guadalupe, qué hombre tan atractivo!”, dice Elena para sí, y ni tan para sí pues lo pone en la entrevista. Sin embargo, aclara Poniatowska líneas adelante: como todo hombre, Sabines tiene cosas que hacerse perdonar. Y habla de las alianzas del poeta con el PRI, y de las ideas que

tuvo y expresó sobre los zapatistas y sobre Chiapas. Por su parte, Ricardo Garibay (escritor incomprendido) figura en el panteón de los once mil citados y lo quiera o no lo quiera un poquito Alfonso Caso y otro tanto Renato Leduc y no por la grosería y las malas palabras que en la poesía mexicana nacen con Leduc, sino porque al señalar a su mujer apunta: “Y esta mujer que ve allá es, como decía un amigo mío, *la señora que me cuida*”. Al que uno nunca pero nunca hubiera pensado miembro de este club es a Cantinflas. A Mario Moreno sí, pero no a Cantinflas. De todas las entrevistas, la de Mario Moreno es la más árida, la más difícil. El personaje no sólo no es simpático, contra lo que uno supondría, sino que ni siquiera cantinfla: simplemente se limita a contestar en tono prepotente una que otra pregunta con monosílabos. No, sí; “¿le gusta Chaplin?”, “Sí, me gusta”. Cómo que por qué. Porque me gusta, no tengo que dar explicaciones. “No, Tin Tan, no me gusta, porque no y ya”. Pero Poniatowska no se arredra y hasta sonrío cuando Cantinflas después de unas pocas preguntas se le queda mirando y le dice: “una cosa es pasarse de listo y otra pasarse de idiota ¿no cree usted?”. Acto seguido, le abre la puerta de su casa y la corre. Lo que nunca pero nunca se imaginó este hombre tan ídolo y tan encumbrado en el poder es que sus respuestas iban a aparecer sin quitarles ni un punto ni una coma.

Estoy convencida de que un buen entrevistador es el que obliga a sus entrevistados a decir otra cosa de la que dicen que quieren decir; el buen entrevistador es un impertinente que te descoloca. No es alguien que va a trabajar para dorar tu imagen aunque tampoco, deliberadamente, para ponerse por encima de su entrevistado. Por ello, por la forma de Elena de descolocar, les aseguro que no hallarán en este libro lo que piensan que van a hallar. Siempre encontrarán algo no previsto, algo mejor: a María Conesa, por ejemplo, Elena la entrevista mientras bailan las dos una polka, La Gatita presumiendo a sus mil años de su condición física excepcional y también de su picardía. A José Revueltas, el hombre torturado por la pureza de su condición moral y su rechazo por aquellos que aspiran a convertirse en monumento, lo verán recibiendo el Premio Villaurrutia y siendo cuestionado por algunos contemporáneos. Y a Gabriel Vargas, creador de *La familia Burrón* lo verán serio y trabajadorcísimo, como Regino Burrón aunque no salude como pensó Elena que la saludaría, es decir, como Cuataneta o Macuca o como la Borola: ¿Qué tal? ¿Cómo la trata esta vidurria? ¿Qué dice la chicuela feliz?

Y así como uno piensa que los personajes son parte del autor, uno también piensa que los clásicos se saben clásicos desde el inicio y aquí uno se da cuenta de que no. Un ejemplo excepcional es Francisco Gabilondo Soler, Cri Cri, creador de mundos en casi todos los ritmos existentes a quien sin embargo sus composiciones



Elena Poniatowska, homenaje en la UNAM por sus ochenta años, 2012

dejaban más bien inconforme. Mire usted, le dice a Elena Cri Cri, “no hay más que tres modos de componer canciones: buena música y mala letra; buena letra y mala música y mala letra y mala música”. ¿Y buena música y buena letra?, pregunta Elena. Eso nada más cuando se saca uno la lotería. ¿Y saben quién se sacó la lotería, según Gabilondo Soler? Consuelito Velázquez, con *Bésame mucho*. Consuelito es otra de las entrevistadas y asegura que cuando compuso esa canción no había dado un beso ni tenía la menor idea ni intuía lo que era eso. Eso es sacarse la lotería: componer “Bésame mucho” sin que te hayan besado nunca.

Aunque casi siempre es Elena quien sorprende a sus entrevistados a veces son los entrevistados los que la sorprenden. De la entrevista con El Santo le encantó que llegara enmascarado, aunque lamentó que los niños de la cerrada estuvieran en la escuela. Cinco minutos después de haber llegado, Chabelita la muchacha entró con la azucarera; Josefina con una cuchara; Petra con otra; Tere con una servilleta de papel, Magda con la charola, todas las muchachas del vecindario se arremolinaron en casa de Elena. Y he aquí que El Santo les re-



veló dos secretos. Uno, que es cierto aquello de que a algunos “sólo en su casa los conocen” porque a él sólo su mujer —con la que tuvo diez hijos— le vio la cara (es decir, el rostro). También un empleado de aduanas que era la única persona que estaba autorizada a meterlo en un cuartito cuando viajaba para cotejar el rostro del Santo con el del pasaporte. El otro secreto fue que desde que se volvió El Santo ya no pudo hacer nada fuera de la santidad; se volvió ejemplar y buenísimo en todo momento porque siempre tenía encima los reflectores. Y en cambio su gran desgracia fue que a cada rato era suplantado por impostores. Qué buena metáfora para México que adoró a un enmascarado porque fue el único que quiso hacer el bien en un país donde muchos se las dan de santos y resultan impostores.

La entrevista de Tongolele no tiene desperdicio. Porque si hubo once mil machos esta es una de las once mil vírgenes. O eso nos quiso hacer creer porque en la entrevista afirma que no mostraba ni muestra el cuerpo, que lo que van a ver los señores cuando la ven es sólo su arte y que a todos lados la acompañó siempre su mamá. María Victoria sí acepta que pujaba porque eso les gustó a los señores siempre y Lola Beltrán, embajadora y modelo de la mujer mexicana, medía más de 1.80, era sinaloense y cacheteó a medio mundo.

De mis entrevistas favoritas es la de Jorge Ibarguengoitia. Elena le hace soltar toooda la sopa. Ibarguengoitia arremete contra los dramaturgos y los narradores de México y sólo rescata a Luisa Josefina Hernández. “Dicen que la novela de Carlos Fuentes es muy buena. Yo leí un capítulo y no me gustó...”, sigue Ibarguengoitia: “Todos dicen maravillas del *Pedro Páramo* de Juan Rulfo. Pero para mí *Pedro Páramo* no es una novela. No es más que un tanteo en cierto sentido. Y en Rulfo no puede dejar de sentirse la influencia innegable de William

Faulkner”. Ni Rulfo, ni Fuentes, ni José de la Colina, ni Emilio Carballido, ni Elena, ni él mismo son buenos escritores ni en su opinión ninguno está haciendo algo verdaderamente útil o necesario para México. Afortunadamente para nosotros Ibarguengoitia fue el más grande humorista que hemos tenido, el espléndido autor de obras que releemos para conocernos mejor tanto en sus artículos como en sus novelas históricas y no históricas. Pero por fortuna, también, haciendo predicciones sobre calidad literaria fue tan mal vidente como La Paca.

Son tantas entrevistas que no puedo abarcarlas todas. Pero no quiero dejar de referirme a la magnífica conversación de Elena con Fabrizio Mejía Madrid, a quien ubica en el cuadrilátero contra el sistema, apostando la máscara que no tiene y la cabellera de rulos despeinados que le sobra. Fabrizio abreva directamente del meritito venero de nuestros mejores cronistas y fue bendecido por Monsiváis y ahora por Elena. De ellos aprendió a ubicarse del lado del peligro, sólo que Fabrizio lo hace aventándose del trapezio sin red. “¿Es Fabrizio Mejía?”, le pregunta una voz un día a las 9 de la mañana. “Soy Gustavo Díaz Ordaz. Es la última vez que la familia le permite que escriba usted sobre mi padre”. Esta es una de las tantas anécdotas con que se ilustran los quehaceres y oscuros placeres de un cronista de excepción a quien cuando regresa de hacer un reportaje en Juárez, enviado por *Proceso*, Julio Scherer le pregunta: “Pero cómo, ¿sigue usted vivo?”.

A estas alturas, pueden darse cuenta del material que tendrán en sus manos de leer el libro. Que no será un “raro” en el sentido en que lo son la mayoría de las obras tratadas en esta columna. Es raro como una perla. Raro a pesar de su visibilidad y sus múltiples lectores. Esta reedición es a todas luces un acierto. Un motivo más para encontrarse con Elena, la de entonces y la de ahora.